

hablad á María ; preguntadla por qué camino ha llegado á tan lamentable situacion, y la vereis aún entonar un cántico de accion de gracias al Dios que la predestinára al dolor y á la amargura.

Bien ha comprendido María la nobleza de su destino; porque ¡ah! ¿quién la ha conducido al Gólgota? ¿Quién la ha sacado de su retiro? ¿Quién la ha llevado al teatro de horror en que se encuentra? Ella misma ha seguido las huellas del Hijo ; su instinto maternal, su corazon magnánimo son los que la han dado el primer impulso. Segun los decretos del cielo, no podia efectuarse la tragedia del Hijo sin que estuviese presente la Madre, porque Aquél fuera predestinado á padecer todos los males de la vida, por ser el objeto más querido del cielo, y despues de Él no podia ningun alma ser tan semejante á Él en la predestinacion como la de su Madre. El último viaje que María hace con su Hijo tiene un carácter distinto de todos los otros que ha hecho hasta entónces ; si trasmigra María al extranjero, es para conservar su tesoro ; si viaja á Jerusalem y recorre las montañas por tres dias, es por hallarlo ; si lo sigue en sus predicaciones, es para nutrir su alma con las palabras de vida que brotan de sus labios divinos ; mas al encaminarse con tanta generosidad al lugar del suplicio, María no puede tener otra mira que la de abrevarse en amargura y dolor. Si alguna idea puede asomarse en su alma, es la de saber que su Hijo va á ser crucificado, que va á morir, que va á perderlo. Es decir, que desde que María sale al encuentro de su Hijo en la calle de la Amargura, no va sino á padecer y á morir con Él. ¿Qué decís á esto, católicos? Combaten en el corazon de María mil afectos distintos ; la ternura con el heroismo, el amor con el dolor ; si no sigue al Hijo en las aficciones ; si no le acompaña en el suplicio, se muere de pesar ; si le ve arrastrar por las calles y caer con la Cruz ; si presencia la furiosa crucifixion ; si

ve brotar su sangre á torrentes por manos y piés ; si lo oye llorar y clamar en la Cruz sin poderlo socorrer, María se muere de dolor : entre dos partidos igualmente tristes para un corazon que ama, ¿cuál escoge María? ¡Ay! El más cruel ; aquel en que mil veces se ha de ver traspasada con crueles aceros ; aquel en que ha de ver desgarradas sus entrañas de amor con las carnes del Hijo adorado.

Pero este partido, ¿lo toma acaso María por impulso del corazon solamente? ¿Obra aquí el sentimiento materno aisladamente? No; es la razon junto con el sentimiento. No es María una Madre que al saber que le falta su Hijo único sale despavorida de su soledad y se precipita irreflexiva entre la muchedumbre, y se aboca inconsiderada con la mitad de su corazon. ¡Ah! la Reina de los héroes cristianos marcha al martirio llena de calma y serenidad. Vedla. Cuando la ronca bocina anuncia la sentencia del presidente, se agolpa toda Jerusalem en las calles por donde pasa el ilustre sentenciado; un murmullo como de cien rios caudalosos que se precipitan de altas breñas, tiene en consternacion á los pocos hombres pensadores que existen en la ciudad deicida. No sale al público ninguna persona amiga del orden, porque reina por todas partes la rabia y el furor, exprimidos entre horrendos alaridos; cuantos transitan por las calles y plazas llevan pintados en sus facciones el odio, la venganza, el deseo de sangre; niños, ancianos, sacerdotes, letrados, senadores, pueblo, todos indistintamente van al Gólgota, bramando como toros contra Jesus. Para no vacilar en tan crítica ocasion era preciso tener un valor nada comun para unirse al pueblo y manifestar algun interés hácia el condenado, cuya muerte ha sido pedida con unanimidad; era preciso arrostrar mil peligros y conculcar todas las furias de un motin; más, ¡qué heroismo, qué magnanimidad no se necesitaban para atra-

vesar impávido por los escuadrones de los sayones, para vencer las gruesas columnas de gente enfurecida, y para acercarse al reo, que, rodeado de una muchedumbre innumerable, no tiene entre tanto individuo sino uno que otro que no lo mire con horror! ¡Ah! Sólo un corazón lleno de los sentimientos maternales de María, sólo una alma tan diamantina como la suya, podían tomar parte en una escena que por todos lados respiraba crueldad. Un hombre atlético hubiera sentido temblar sus pies, y, faltándole el aliento, hubiera caído; pero María no cae ni desmaya. ¿Sabeis por qué? Porque, como Reina de los mártires, va alegre al suplicio, no obstante que su corazón sea traspasado con cien espadas de dolor; porque la razón de María es la más ilustrada que ha habido entre las puras criaturas; Ella fija sus miradas en el bien, como que se le comunica á Ella del modo más íntimo, haciéndola beber del mismo cáliz, y padecer los mismos tormentos, y sufrir las mismas amarguras, y, lejos de huir del teatro de la pasión, Ella misma lo busca, dirigiéndose á él con su Hijo.

Puesta María al pie de la cruz, y estando allí sin desmayar, es para mí el portento más grande de heroísmo que ha sucedido en la tierra; todo atormenta el alma de esta Madre, la naturaleza, la gracia, el cielo y la divinidad; todos estos objetos disparan dardos al corazón de María, y le hieren sin cesar. ¡Qué martirio tan cruel no causaría á su alma la idea clara y distinta que tenía de la Divinidad, viendo que esta misma Divinidad estaba clavada en un palo afrentoso! ¡Qué al verla tan blasfemada y tan vilipendiada entre dos ladrones! ¡Cómo se la desgarrarían las entrañas al saber que la misma felicidad de su maternidad divina era la causa de su mayor desdicha, no pudiendo tener algún consuelo por hallar sumido en el más profundo abatimiento á Aquel que es el manantial de toda alegría! Veía el cuerpo de su Hijo todo despedazado,

el cielo que se había vuelto de bronce, la tierra que se había conjurado contra la Divinidad. ¡Qué dolor no padecería con esto su piadoso corazón! Hable por mí el sapientísimo Damasceno, y explíquenos lo que sufriera la afligida María: «Sintió entonces desgarrársela las entrañas cuando vió que Aquel que Ella engendraría, Dios, moría como criminal y facineroso.»

Bien veis, amados míos, que rodean los dolores á María como las aguas á la esponja que flota en medio de ellas; en Ella, como en tersísimo espejo, reflejan todos los tormentos de su Hijo; los clavos, las espinas, la hiel, atormentan al Hijo y á la Madre. ¡Tan terrible es el huracán que acomete al uno como el que envuelve al otro! ¿Pero creéis que en medio de tanta pena no hay un rayo de luz que alumbré á María? ¿Pensáis que no tendrá algún motivo de consuelo en sus angustias? ¡Ah! Contempladla con la fé, y la vereis perdiendo un Hijo y ganando un mundo; puesta al lado de la Cruz, conoce María que no debía limitar su tierna solicitud á su Hijo, que iba á morir, sino extenderla á otros que en aquel mismo momento engendraba para el cielo. Perdía á Dios, y ganaba al hombre: era entonces, como dice el Doctor Seráfico, cuando empezaba á ser dos veces Madre: Madre del Rey y Madre del desterrado; Madre del Juez y Madre del reo; Madre de Dios y Madre del hombre; y siendo Madre de uno y otro, venía á ser desde entonces la reconciliadora de Dios con el hombre, el amparo del mundo. En medio de tantos dolores como sufriera en el Calvario, tenía María este lenitivo; no podía consentir, como buena Madre, que estuviesen discordes en lo sucesivo Dios y el hombre, pues eran hermanos engendrados en su seno, uno corporalmente, otro espiritualmente. Hé aquí, señores, lo que ha dado valor á María para estar en el Gólgota.

Tiene también otro motivo de gran consuelo en medio de sus amarguras, y es éste el ver que ninguna criatura

hay tan dichosa en los cielos y en la tierra, porque ninguna ha sido llamada por Dios á tomar parte en los trabajos que Él sufriera. ¡Ah! Si preguntais á los serafines mismos cuál hubiera sido su mayor felicidad cuando con rostro enlutado asistian al Dios paciente, os responderian que hubieran querido tener un cuerpo para haberlo puesto en la columna, y ahorrar así al Salvador la crueldad de los azotes; hubieran deseado ser coronados de espinas y crucificados, para no ver á su Dios en tanta ignominia. Pero los serafines, con ser los más encumbrados de las criaturas, no pertenecen á la familia de Dios con la intimidad de María; aquéllos son sus áulicos y ministros, y María es su Madre, es la criatura más íntimamente enlazada con Dios, pues Dios es de la misma sangre y genealogía de María. Así es que Dios la predestinara á padecer más que todas las criaturas juntas, para elevarla á un punto tan culminoso de gloria, que no puedan franquear ni todos los coros de los ángeles.

¡Ah, almas débiles, que sucumbís al primer choque de la adversidad; venid al pié del Calvario, y aprended! ¡Cuántas veces al considerar la prosperidad que Dios reparte en este mundo, y las tribulaciones en que se halla el justo, habeis quizá dicho con el Profeta atribulado, que vanamente haceis obras de inocencia y santidad, pues no conoceis más que adversidad y pobreza! No os engaños; pues Dios da muchas veces riquezas á los malos, porque es muy amante de los hombres, y ya que éstos desprecian los bienes de la otra vida, permite que sean felices de algun modo en ésta. Pero entre tanto, tened por asentado que la economía de la Providencia, en orden á sus escogidos, es enviarles en este mundo contradicciones y adversidades; cuanto más querido de Dios es el justo, tanto más brama la tempestad y rugen los aquilones; porque el que más padeció entre los hombres fué el Hombre-Dios; y claro está que es propio de

los amantes, como dice el Crisóstomo, el asemejarse en todo, y aún el querer identificarse. Y en consecuencia, siendo María la que ama más á Dios, se asimila á Él más que todos los hombres; siendo Dios quien más ha padecido, no puede haber otra criatura que sufra más contradicciones y dolores que la heróica Reina de los mártires.

Hay, entre tanto, en estas obras divinas un misterio de enseñanza, que no debemos dejar desapercibido. Lo es para nosotros, que, continuamente atribulados, fluctuamos entre ideas desconsoladoras, creyendo que no es justa la Providencia cuando aplica á nuestros labios la copa de la amargura, como si no hubiese un mundo invisible, en el cual nos prepara torrentes de delicias para saciarnos en su gloria. En este mundo material, de que somos moradores transitorios, el mismo desorden que vemos de felicidad de los malos y de desventura de los buenos, es el orden admirable con que Dios va preparando la futura dicha del justo, así como el perverso va tambien disponiendo en su malicia los medios de hacer brillar algun dia toda la justicia y bondad divinas. Esas lágrimas que derrama el inocente perseguido, ¡qué! ¿no se han de agotar? ¡Qué! las calumnias, las afrentas, las persecuciones sin razon, ¿no se han de concluir? Ese fausto de los mundanos, ese lujo del rico sin piedad por el indigente, esos honores de que muchos malvados se ven sobrecargados, esa altivez con que conculcan muchos magnates al huérfano, á la viuda y al hombre de mala suerte, ¿no han de llegar á un punto en el cual suene la última vibracion del tiempo que les diga que su vida no pertenece al tiempo de la mentira, sino á la eternidad? Católicos; la tumba cierra las puertas de este teatro mundano, donde accionan seres enmascarados, donde triunfan los malos, donde son felices los hipócritas, donde los perversos, manejando la intriga y usufructuando la venalidad del mundo, se granjean una

ventura de riquezas, de orgullo y sensualidad; pero tambien la tumba abre las puertas de un horizonte donde todo es luz y realidad, donde no tiene lugar la fantasmagoría, sino la verdad, que corona las obras buenas y castiga las malas. El primer escenario es corto, como patrimonio del sentido corruptible; el segundo es eterno, como herencia del alma, que es espiritual.

No es esta escuela de los trabajos tan sólo para que aprendamos nosotros; tambien María aprende en ella, y las lecciones que recibe son para nuestro bien. Y no lo extrañéis: el mismo Maestro celestial, dice San Pablo, aprendió prácticamente la obediencia en los padecimientos: *Didicit ex his quæ passus est obedientiam*. Tambien aprendió con la experiencia cuán duras son las persecuciones á nuestro corazon, y se revistió de amor y poder para auxiliarnos en ellas, pues sufrió en su humanidad lo mismo que nosotros padecemos. *In eo in quo passus est ipse et tentatus, potens est, et eis qui tentantur auxiliari.* (Hebr., cap. II, 18.)

Predestinada María á ser la Madre de los hombres, su corazon pasó por todas las amarguras; vió en ellas cuál es nuestra naturaleza, cuán delicada es y susceptible; vió cuán profundas huellas labra en nuestros corazones la desgracia; vió las lágrimas que derramamos en este mundo de penas y dolores, y su corazon aprendió á amar á los desgraciados; porque la escuela de la adversidad es la más elocuente. Si María no hubiese gustado sino las dulzuras de la maternidad divina, nunca habria sabido lo que son las aflicciones de un corazon atribulado; pero el dolor la abruma por todas partes, y no ignorando los males, aprendió á socorrer á los desdichados. Así sentimos tan instantáneamente su poder cuando la invocamos en nuestras aflicciones; así no hay quien la invoque que no sea socorrido.

¡Oh! Madre de amor y de misericordia; tu corazon es

un Océano de amor donde bogan todas nuestras almas, seguras de no ser sumergidas en las espumantes olas de la tribulacion, si tú nos sostienes con tu brazo poderoso. Ayúdanos, pues, con la gracia de tu Hijo, para que seamos más fuertes que los trabajos de esta vida, á fin de que, imitando tu constancia en la tierra, gocemos de tu amable compañía en el cielo. Amen.